

CENTERNARIO TABERNA GORRIÓN

Confieso mi debilidad por las tabernas. Me gustan las tabernas con sus mostradores de zinc reluciente como si fueran de plata, resbalando el agua por ellos simulando un pequeño manantial, mientras las manos del tabernero, por lo general oronda y de buen ver, están sumidas constantemente fregoteando el cristal de los vasos, haciéndolo brillar por su limpieza. En los frascos - frascos sencillos y elegantes, decorativos y agradables de ver, el vino blanco o tinto, con su colorido fuerte y bello, esmaltan de pedrería esa especie de trono oriental que es el mostrador de una taberna. En ella, el tabernero rige su imperio, capitán de navin en su puente, ojo avizor a las tempestades y a los escollos cara al horizonte, atento a la maniobra, pendiente de los chicos que, en alto las bandejas repletas de vasos colmados reparten el mosto a todos los ámbitos.

Porque la taberna ha existido siempre. El vino es invento antiguo del animal “racional” llamado hombre y la ha acompañado fielmente, como buen compañero desde que se puso a escribir su historia en un papiro de loto o en una tablilla de barro. Dicen que el vino aviva las ideas. Así ni es de extrañar la lozanía de ingeniosa dialéctica y literaria del siglo de Oro, si nos atenemos a las alusiones etílicas que campean por las páginas de nuestros poetas y novelistas. Ya, el poeta árabe Tahya Al-Ga-al escribe, a pesar de la prohibición del Corán: “Ya cometí mis pecados en los vasos de buen vino, disipando en sus vapores mi virtud y mi vergüenza”.

Viene este preámbulo, a propósito de una taberna, entrañable, para Jaén, cuyo centenario, el pasado noviembre, celebramos hoy: la taberna de “Gorrión”, jirón y espejo de una parcela de nuestra ciudad. Y es que, la historia pequeña y cotidiana, gloriosamente repetida en su nimiedad íntima, parece quedarse con el humo del tiempo, adherida a las paredes de la taberna, lo mismo que el buen vino se pega al paladar. Pero también, paralelamente a las cotidianas señas de identidad, hay una historia grande, una historia escrita con mayúsculas que, aunque no ha pasado por las tintas de la imprenta, pasa a los gruesos libracos de nuestro cerebro evocador.

Así sucede con el “Gorrión”, bisabuelo del actual, que alternaba su oficio del bedel del viejo Instituto de la calle Compañía, José María López Cruz con el tabernáculo etílico que él, con gran acierto fundara en Noviembre de 1888, en un bajo de la calle del Consuelo, enfrente del actual, en donde posteriormente estuvo ubicada la fábrica de hielo y más tarde la taberna de “El Compadre”, bajo el mecenazgo de D. Monolito Ruiz Córdoba, su asiduo cliente.

Allí se hacían las tertulias, en ese Jaén del atardecer, en donde las brumas de invierno, daban cobijo bajo el aceite rutilante de los candiles y las balbuceantes bombillas de la recién nacida luz eléctrica. Donde en solemne vía-crucis, se pasaba al club frontero, en donde la habilidad de tabernero-conserje para tirarle de la oreja a Jorge, le valió el apodo de “Gorrión”, ya que en el dominio de las cartas era sabido que “sabía más que los gorriones”.

Luego, hacia el año de 1910, un granadino aprendiz de joyero, José Montes Guzmán, vino a Jaén para ser mecánico del único coche que existía, cuyo propietario, D. Rafael del Nido, también asiduo concurrente de la taberna, le

contrate de chofer con el carnet nº1, y allí surgió el contacto por amor hacia la “Gorriona”, D^a María López Cruz, y como presente de boda, el padre le regaló la casa del Consuelo Nº 7, sitio actual de la taberna, en donde también estaba situada la imprenta de “El Pueblo Católico”, hacia 1914. Y es curioso, ya que el padre del Sr. Montes, que era jefe de bomberos en Granada, inculcó en su hijo la afición de apagar el fuego... de la sed etílica en los hombres de Jaén. Era una vocación que ya estaba predestinado.

¡Cuántas cosas podría habernos contado D^a María López a través de la bruma caliente en la elaboración de las tapas! Recuerdo de chiquitillo y aun de joven, a D. José Montes Guzmán con su guayabera blanca y típica gorra negra, tipo alto y bien conformado, detrás de la barra de madera oscura y mostrador de zinc, al fondo mesas de mármol, moviendo la frasca y el jarro de porcelana para escanciar, hábil y experto, los vasitos de Sinforoso de cuba delante de la estantería de madera corrida que albergaba y aún den cobijo a botellas, recipientes y medidas, así con el queso Cabrera, condumios muy variopintos. Todo ello como un agradable paisaje, tabernero y su entorno, cual retablillo de paraísos vinícolas y terrenales, formando por esa yuxtaposición barroca de elementos taberneriles. Y detrás del mostrador, oficionando ojo avizor, al bueno del señor Montes, presidiendo con gran seriedad aquella mescolanza lúdica, aquella lección de decorar sin pretenderlo, conde la estética de su establecimiento estaba siempre en función de las glándulas salivares. ¡Bueno, lo de estética es un decir! Con narraros que la taberna, escurecida por la pátina del tiempo, no fue capaz su amigo íntimo Manolo “Parroquias” de venderle un kilo de cal para fregotarla, a así no estropear la obra de arte que silueteaban los arabescos en paredes y columnas los excrementos de moscas.

Con el Sr. Montes, alma de la taberna por su amabilidad, aún cuando rara vez intervenía en las conversaciones, y su mirada fija que era ley en el “Gorrión”, se convirtió en un lugar de respeto mutuo, alegría sana al giro de los chascarrillos que no eran chabacanos, y lugar de convivencia tanto de gente de propia como de lo más humildes. Y digo esto, porque por ella pasaron, y ahí están sus escritos que lo atestiguan, toda clase de tertulianos, desde D. Cándido Milagro, el canónigo, que tenía su sitio reservado, hasta alcaldes, gobernadores (y gracias a esto el Sr. Montes hizo mucha caridad en el anónimo, del que verdaderamente tiene un corazón grande y generoso) así como gente llana, la cual daría emocionante sentido de dolor el día de su muerte en marzo de 1956.

Después sus hijos Paco y Pepe, aunque ya le ayudaban, aun habiendo sacrificados estudios, siguieron rigiendo la taberna, adquirida fama de hospitalaria y lugar de peregrinación de personalidades, sobre todo periodistas como Marquerie, Díaz Cañabate, Lozano Sevilla, Julio Estefanía, Miranda y periodista locales comandado por Rafael Alcalá, que dejaron sus firmas en admirables artículos de la Prensa nacional. Cátedra del torio, reunión de grandes aficionados entre los que recuerdo a mi querido D. Rafael Muñoz-Cobo, ha sido santuario de “currillistas acérrimos”, de tal forma que para el Curro era obligada parada, aunque no fonda, así como la mejor de la torería andante.

Ya en su penúltima época también ha sido taberna-exposición en donde ha plasmado su arte y su ingenio los Hidalgo, Cerezo, Rufino Martos, Palomino,

Nofuentes, Ballesteros, Orna y otros, así como la musa inspirada, zumbona e irónica de los Vica, Juan de Dios de la Torre, de sentido recuerdo, Del Real, Olivares Barragán, Calvo Morillo y tantos más.

Pero el 18 de noviembre de 1977 fue un día triste para mí. La muerte de Paco cerró mi época sentimental del Gorrión. Y creo que también para los que éramos asiduos. Es ley de vida. Las modas, usos y costumbres es natural que se vayan renovando, y esa fecha fue quizás la que marque nuestro otoño, la que nos mostró sin respeto a nuestros incipientes aladares y canas, que la madurez llamaba a nuestra puerta. Quizá con su muerte, también enterrábamos un poco de nuestra vida, y es por lo que no ha dudado ni un instante, en acudir hoy a la llamada telefónica de Francisco Montes, el bisnieto de aquel conserje-tabernero, y lo he hecho muy agradecido, ya que, Paquito, como yo lo llamo ha tenido la virtud de seguir lidiando con maestría y buen tino a ese otro mundo del “Gorrión” actual que ha sustituido a los históricos parroquianos, los pensionistas de 3-4 chatos al día, por una clientela bulliciosa, como corresponde a la juventud, sofisticada, musicófila y con ribetes de pasota, en un local, en donde, si uno tiene suertecilla, puede tratar amistad con exóticas féminas de allende las fronteras y que para mí, un “carroza”, ha desvirtuado sus contenidos humanos y sociológicos como “taberna clásica”, aunque sigo conservando toda su antigua en entrañable decoración.

Pero hay algo que me consuela, y es el saber que, aunque pasen los días hasta más allá de un siglo, sigue bullendo en mi cerebro una cancioncilla que no me la puede arrancar esta generación y es el estar seguro de que:

Si la vida santificas,
buscándole su sabor,
queso y vino de la cuba,
de la casa “Gorrión”.

Benito Rus

19/12/88